

ñan no pueden sufrirla; en su amarga aflicción sólo con lágrimas procuran mitigar el dolor que experimentan.

Si la vista lastimosa de Jesucristo produce tal impresión en el corazón de los discípulos, ¡cuál será la que produzca en el corazón amantísimo de María! ¡Ay! ¡Qué emoción tan profunda no debe sentir María en el momento en que el Hijo y la Madre se encuentran cara á cara y se miran mutuamente! ¡Qué temblor se apodera de todo su cuerpo, qué revolución tan inexplicable en su sangre, qué sensación tan incomprensible de dolor en su alma! La imagen visible que Jesucristo, cuando caminaba al Calvario, se había dignado dejar de su santo rostro ensangrentado en el blanco lienzo de la Verónica, en recompensa de su religiosa compasión, es una figura de lo que obra entonces invisiblemente en el alma de María. En ella imprime, dice San Amadeo, de una manera mucho más expresiva, las facciones de su rostro en el estado lamentable en que se encuentra. La palidez mortal y la triste lividez que se ve de repente pasar del rostro del Hijo al de la Madre, atestiguan que los dolores y las heridas de este rostro sagrado se reproducen en el corazón de María (1). El abad Ruperto añade que las agudas espinas con que vió María tan cruelmente taladrada la cabeza adorable de Jesucristo, fueron las que más laceraron

(1) Pallidus vultus Christi exanguem reddidit vultum Genitricis: ille carne, ista corde passa est. (*S. Amad.*)

su corazón y más vivamente lo traspasaron. Por esta razón, dicen los intérpretes, María es comparada en la Escritura á una rosa, porque, en efecto, en medio de las espinas de los dolores de su Hijo que la rodean, es cuando Ella despliega los atractivos de un santo pudor, y esas llamas de caridad que la ponen sonrosada y encendida (1).

¡Mas, ay, que sus ojos maternales están reservados para sufrir tormentos todavía más crueles! A su presencia arrancan violentamente los verdugos á su Hijo sus vestidos, pegados ya á sus heridas, las renuevan y desgarran hasta lo vivo del modo más bárbaro. ¡Oh compasión! ¡Oh dolor! María ve aquel cuerpo adorable, que el Espíritu Santo había formado de su sangre purísima. No está solamente herido, sino que es una llaga de los pies á la cabeza, sin haber en él parte alguna sana (2). Ella ve aquellas mismas heridas abiertas de nuevo, y en las marcas profundas de los azotes otras llagas más hondas y más profundas. Ella ve las carnes desgarradas y colgando á pedazos de la piel, los nervios rotos, los huesos descubiertos, y por todo su cuerpo manando la sangre de sus multiplicadas heridas. ¡Oh espectáculo desgarrador! ¡Oh espectáculo insufrible para el corazón de una madre! Entonces

(1) Maria fuit rosa inter spinas, quia quæcumque spinæ Filium, eodem et Matrem crucifixerunt et laceraverunt vulneribus condolentiæ et compassionis. (*Corn. à Lap.*)

(2) A planta pedis usque ad verticem (*capitis*) non erat in eo sanitas. (*Is., I., 6.*)

comprende todo el horror del suplicio inaudito á que habian sido entregadas aquellas tiernas y delicadas carnes en los azotes, y por una conformidad misteriosa experimenta todos sus tormentos, porque, como nos dice Arnaldo, á medida que esta trágica escena se presenta á su vista, descubre Ella sucesivamente los crueles insultos hechos á aquel cuerpo tan amado, y siente en su corazón una nueva herida (1). Toda la diferencia consiste, dice San Bernardo, en que respecto á Jesucristo las llagas están diseminadas en todo el cuerpo, y respecto á María el amor maternal las recoge, las reúne y las imprime todas en el corazón (2).

Mas ya llegó el momento en que la hostia de Dios va á ser colocada en altar para ser ofrecida en holocausto: Jesucristo va á ser puesto en la cruz. Los verdugos lo empujan y lo tienden, insultándolo amargamente, sobre el instrumento del suplicio; en él lo extienden con la ayuda de cuerdas y lo sujetan con enormes clavos, y su Madre oye con sus oídos el ruido terrible de los martillos y el horroroso crujido de los huesos que se dislocan. Ella ve con sus ojos los ensangrentados vestidos arrojados con desprecio á sus pies, y los duros clavos que por medio de hondas heridas se abren paso al través de los músculos y de los nervios rotos, y la sangre que sale á torrentes, que brota por

(1) Quod læsiones in corpore Christi, tot vulnera in corde Matris. (Arnald.)

(2) Singula vulnera per ejus corpus dispersa, in uno corde sunt unita. (S. Bonav.)

todas partes y que la riega á Ella misma. Ella, en fin, ve cumplirse por todas estas circunstancias la profecía que anunciaba que Jesucristo sería pisado y aprensado como la uva en el lagar, y que su sangre preciosa sería derramada hasta la última gota (1).

En seguida elevan el árbol de la cruz, depositario de una prenda tan amada, y lo dejan caer rudamente en el agujero que le está preparado, y María oye crujir los huesos á un choque tan violento; Ella ve la dilatación de las llagas de los pies y de las manos, Ella ve aquellas llagas rasgarse y alargarse. Ella ve aquel cuerpo sagrado, santuario de la inocencia, tabernáculo de la Divinidad y modelo de toda pureza, expuesto á la risa universal. A esta vista, dice San Jerónimo, el amor maternal obra en María lo que el furor ciego de los judíos ejecuta en la persona de Jesucristo, y todos los golpes del martillo, todas las llagas y todos los clavos que desgarran y dislocan los miembros santos, y todos los tormentos que despedazan la carne sagrada de su Hijo, los renueva y los reproduce este amor en el alma de María (2). Así, pues, este amor es para María, dice Arnobio, la espada que la hiere y el verdugo que la crucifica (3). Y San Agustín añade que los clavos y la cruz fueron comunes á los dos; que el Hijo

(1) Torcular calcavit solus. (Is., LXIII, 3.)

(2) Quod vulnera, quod clavi, quod ictus Christi carnem rum-pentes, totidem Mariæ animam verberantes. (S. Hieron.)

(3) Gladio doloris vulnerabatur spiritu, crucifigebatur affectu. (S. Bernard.)

y la Madre fueron clavados en la misma cruz (1). ¡Ah, dice San Bernardo, no nos detengamos en las apariencias, sino penetremos en la realidad de las cosas! María estaba corporalmente al pie de la cruz, mas espiritualmente estaba en la cruz (2). María no se contenta con echar ciertas miradas fugitivas sobre esta escena de horror, de crueldad y de sangre; Ella la contempla inmóvil, Ella la considera en todos sus profundos detalles, Ella la penetra con toda la vivacidad de la inteligencia más ilustrada y con todo el vigor de la imaginación más pura. Ella se coloca con el espíritu en la situación lamentable de su Hijo; Ella fija su pensamiento en los tormentos crueles de que es víctima su humanidad santa, y se los apropia; Ella se los representa y se los pinta tan vivamente, que experimenta, en cierto modo, en todas las partes de su cuerpo, lo que Jesucristo sufre en todas las partes del suyo; Ella siente la amargura de sus angustias como si las sufriese Ella misma. Así es que su cabeza está atravesada de espinas, sus manos y sus pies taladrados con los clavos, todo su cuerpo cubierto de heridas, y todos sus miembros heridos sobre el patíbulo de la cruz; así es que experimenta en cierto modo todo el ardor de la sed que le devora y la amargura de la hiel que le emponzoña, las humillaciones que recibe por los insultos

(1) *Crux et clavi Filii fuerunt et Matri. Christo crucifixo, crucifigebatur et Mater. (S. Aug.)*

(2) *Ubi stabas? Numquid juxta crucem? Imo et in cruce. (S. Bernard.)*

de los hombres y el dolor que le causa el abandono de su Padre. Así es que palidece con El, que se queja, que se agita cuando se acerca su última hora, que la agonía y la muerte son comunes á los dos, y que dividen entre sí el instrumento del suplicio (1). Si no muere con El, no es para Ella un consuelo ni un alivio en sus penas; por el contrario, el tormento que sufre por esto es mucho más cruel. En efecto, puede decirse de María al pie de la cruz lo que Alberto el Grande decía de Jesucristo en el huerto de las Olivas: que sufre un dolor tan agudo y tan intenso, que sin un milagro, hubiera sido más que suficiente para causarle la muerte, sumergiéndola en un océano de tristeza (2). Ella hubiera querido mil veces, dice San Bernardino de Sena, colocarse en lugar de su Hijo, sustituirle en la cruz y morir por El (3); mas no pudiendo una víctima puramente humana satisfacer á la Justicia divina, no le era permitido morir en lugar de su Hijo; pero al menos deseaba ardientemente morir con El, y como dice Arnaldo, unir al sacrificio invisible de su corazón, lleno de amor, el sacrificio visible de su carne purísima (4). Si pues Ella no sufrió esa muerte que separa del cuerpo un alma que no quisiera abandonarlo,

(1) *Imo et in cruce cum Filio cruciaris. (S. Bernard.)*

(2) *Tristitiam quamdam habit idoneam, quæ mortem afferret, nisi Deus miraculo sustentasset. (Albert. Magn.)*

(3) *Infinities, si potuisset, se morti pro Filio tradidisset. (S. Bernardin. Senen.)*

(4) *Optabat ipsa ad sanguinem animæ, et carnis suæ addere sanguinem. (Arnald.)*

sufrió, sin embargo, esa que se llama *segunda muerte*, y que, como observa San Agustín, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que quería separarse de él (1).

Este segundo género de muerte fué para María, añade San Amadeo, mucho más doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo, no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía y un fuego interior que atormenta, que abrasa y consume; es una muerte peor que todas las muertes (2). María, por consiguiente, dice San Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, Ella muere viviendo, Ella muere de no poder morir, Ella vive una vida más penosa que la muerte. ¡Muerte la más misteriosa y la más inefable después de la de su Hijo! Jesús muere, pero sólo en el cuerpo; María muere, pero sólo en el corazón (3).

(1) Prima mors animam nolentem pellita corpore, secunda mors animam nolentem tenet in corpore. (S. Aug.)

(2) Inter hæc Dei Genitrix consternabatur animo; quia ibi mceror, ibi dolor, ibi agonía, ibi estus animi, ibi incendia, ibi mors morte durior, ubi vita non tollitur, et mortis angustia tolleratur. (S. Amad.)

(3) Moriebatur vivens, vivebat moriens, nec mori poterat quia vivens mortua erat... ille etiam mori corpore potuit, ista etiam commori corde non potuit. (S. Bernard.)

## CAPITULO IX

La crucifixión de Jesucristo causa á María un dolor inmenso, que Ella sufre con una fortaleza sobrehumana. De este modo concurre á la expiación del pecado, como Eva había concurrido á su consumación. Historia de Respha, esposa de Saúl; figura de este misterio.

El martirio del tierno corazón de María no puede expresarse ni concebirse. San Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo (1).

Es verdad que nada de lo que ve sufrir á su Hijo es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus más pequeñas circunstancias, y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea más viva de ella, así como ha tenido clavada constantemente en su corazón la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en Ella la conmoción más violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeón se hace entonces más ancha y más profunda. Lo que su corazón presagiaba le parece más espantoso que lo que

(1) Opus fortitudinis, Christo moriente et Matre ascipiente exhibitum est. (S. Amad.)